



Saadalla WANNOUS, Siria, 1996

Poeta, dramaturgo, ensayista y periodista sirio (1941-1997). Después de estudiar periodismo en El Cairo, fue editor de arte y cultura en Siria y Líbano. Antes de irse a vivir a Francia, donde escribió la mayor parte de su obra traducida a varios idiomas, fue director musical y administrador teatral en su país.

Si hubiera sido costumbre dar un título de tipo “función específica” a las celebraciones del Día Mundial del Teatro, en términos de las necesidades a las cuales responde el teatro, yo le hubiera dado al mensaje este año el título de “La sed por el dialogo” puesto que hay una gran necesidad por el diálogo multilateral, polifacético y comprensivo entre los individuos y en las sociedades. Los requisitos previos para semejante diálogo son, por supuesto, la democracia, el respeto por el pluralismo y el control de la agresividad tanto en las personas como en la sociedad en general. Cada vez que yo tengo esta sed para el diálogo yo me imagino que empieza en el teatro, y que después crece y crece cada vez más, expandiéndose y propagándose.

Creo que el teatro, sin importar las revoluciones técnicas que éste experimente, continuará siempre como el foro ideal donde el hombre puede reflexionar sobre su condición histórica y existencial. Lo que hace tan único al teatro a este respecto, es que es donde el espectador sale de su cascarón para contemplar la condición humana en un contexto comunal, reactivando su sensación de pertenencia a la comunidad, y donde al espectador se le puede mostrar el valor infinito del diálogo, así como la variedad de niveles del diálogo. Hay el diálogo de la acción misma; también hay un diálogo más implícito entre la acción sobre el escenario y el espectador; también hay un diálogo entre el público mismo; y, más allá, hay un dialogo entre la representación y el público por un lado y la ciudad allá afuera por el otro. En cada uno de estos niveles del diálogo, nos desprendemos de una parte de nuestra depresión solitaria y adquirimos un nuevo sentido de afiliación de sociedad, a tal grado que el teatro se vuelve no solamente una mera manifestación de la sociedad civil sino un requisito previo para el crecimiento y el desarrollo de dicha sociedad.

Pero, debo estar soñando, o recordando con nostalgia, aquellos años cuando el teatro realmente sí causaba explosiones de diálogo y placer en muchísimas ciudades. ¡No nos engañemos! El teatro está en retirada, y donde quiera que uno vea se descubre que más y más ciudades están perdiendo paciencia con sus teatros, empujándolos hacia atrás, adentro de sus cada vez menores cascarones marginales, ¡Por que ahora necesitan el espacio para luces más deslumbrantes, para pantallas gigantescas y para bandas transportadoras de trivialidades!

No sé de otros tiempos en los que el teatro haya estado tan empobrecido tanto financiera como moralmente. Hasta los privilegios de los que antes el teatro disfrutaba han sido reemplazados por retórica fingida que raya en un absoluto desprecio.

¡Afrontemos la realidad! El teatro hoy ya no es esta celebración cívica que nos daba espacio para contemplar, que nos animaba a dialogar, y que profundizaba nuestro sentido de humanidad. No obstante, la problemática del teatro, tan específica como es, sigue siendo parte de la problemática generalizada de la cultura, la cual está marginada y bajo sitio.

La ironía de todo esto es que, a pesar de la tremenda riqueza de conocimientos, información, mercadotecnia y el potencial de la comunicación que está a nuestro alcance y que ha transformado al mundo en una sola aldea, la utopía de los teatros se ha quedado tan ilusoria como siempre, como ha quedado el sueño que los hombres

y las mujeres pronto vivirán en un solo mundo unido, cuya gente comparte igualmente de las bondades de la tierra y goza de su propia humanidad, libre de la injusticia y de la agresión.

Pero, desafortunadamente, la globalización que está tomando forma en este fin de siglo es todo lo opuesto de la soñada utopía, por que parece que la globalización, está creando más desigualdad en la distribución de la riqueza, y que está agrandando el abismo entre los obscenamente ricos y los extremadamente desvalidos. Aún más que eso, parece ser que la globalización está destruyendo sin piedad toda cohesión de las sociedades, rompiéndolas en seres solitarios y deprimidos.

En ausencia de una visión del futuro y por que la gente (tal vez por primera vez en la historia) ya no se atreve a soñar, la condición humana al final del siglo se ve muy triste. La mejor manera de entender el peligro inherente de la marginalización de la cultura es darnos cuenta de que un movimiento revolucionario es cada vez más difícil y complejo; ahora, la cultura está a la vanguardia de las fuerzas que buscan hacer resistencia al proceso de la globalización egocéntrico e inhumano.

Por que es a través de la cultura y a través de la perspectiva crítica promovida por el teatro que el hombre usualmente descubre los mecanismos detrás de los eventos y recobra la fuerza para recuperar su humanidad. La cultura, al fin de cuentas, provee las ideas y los ideales que enriquecen la libertad de hombre, su conciencia y su belleza. En este contexto, el teatro, por medio del ejemplo y la participación, nos puede enseñar cómo reconstruir y recrear- y cómo dialogar, por que de eso todos tenemos sed- el diálogo serio y comprensivo que debe ser el primer paso en la lucha contra la frustración que aflige al mundo en este fin de siglo.

Pero, debemos tener esperanza: lo que pasa hoy no puede ser el fin del mundo.

Tengo cuatro años batallando contra el cáncer, y mi arma más fuerte ha sido el escribir frenéticamente para el teatro. En ocasiones me han preguntado, con cinismo, el ¿por qué insisto en escribir obras de teatro en un momento en que el teatro está decayendo y rápidamente desapareciendo de nuestras vidas? Recuerdo que la pregunta me hizo enojar, pero ¿cómo podría explicarle a mi interlocutor que me censuraba el alcance de mi amistad con el teatro? ¿Cómo hacerle entender que si yo dejara de escribir para el teatro, sería el equivalente a un acto de traición que sólo apresuraría mi partida? Además, si tuviera que ofrecer una respuesta diría que estoy decidido a continuar escribiendo para él, hasta el fin, y añadiría, con riesgo de redundar, que el teatro debe de permanecer vivo porque sin él, el mundo sería mas solitario, feo y pobre. El cerco se está cerrando y las condiciones son frustrantes; pero, estoy seguro que la buena voluntad en el mundo prevalecerá y que está voz unísona de buena voluntad salvaguardará la cultura y restaurará al teatro su brillantez y su altura de antaño.

Debemos tener esperanza; lo que pasa hoy no puede ser el fin del mundo.